

Tal vez lo único que sentí al abandonar ese infierno donde corren peligro el cuerpo y el alma, fue dejar a don Rolando, el contador, más solo si cabe, ya que en la salitrera no había tenido otro amigo que yo. Cuando llegué, tres años antes, él fue el único que se condolió de mi suerte de hijo de familia transplantado de la Escuela de Minería de la capital a la pampa salitrera y el único que me miró con menos desprecio. Yo iba a la oficina Sebastopol con el último puesto y allí donde la ley del escalafón se aplica rigurosamente, el empleado debe poseer un variado registro de tonos para sus relaciones con el personal, hasta llegar al simple operario, que significa ser. Las orgullosas universidades olvidan con demasiada ligereza que los ceros determinan la cantidad y que sin ellos vendrían a valer bien poco.

Don Rolando era un viejito a quien, en su tiempo, no debía habersele conocido otro vicio que una afición desmedida por la ópera, afición que, acá, había adquirido caracteres de nostalgia. Por lo demás, nunca tomaba parte en las diversiones del personal y vestía hasta modestamente para su cargo. También se le llamaba "Colilla" por su economía de solterona. Como el establecimiento no diese café por la mañana, se desayunaba, parapetado en su pupitre, con pan seco y nueces, zurcía en persona su ropa (a poderlo la hubiera lavado él mismo) y los días de correo solía altercar con el encargado de la correspondencia por una carta que se le cobraba de más.

Nadie se explicaba esta tacañería, pero tal vez mi propia situación hizo que yo la justificara; tampoco yo podía distraer un centavo de mi sueldo si quería que mi familia se sostuviese en la capital; seguramente sería que don Rolando también tenía familia.

Y la tenía, pues. Como desde un principio hicimos buenas migas por nuestra condición análoga, no tardé en conocer la historia del contador. El tal, era un héroe, así como suena; un héroe que después de haber reunido un capital respetable, haberse formado un hogar y haberlo educado en la holgura y casi en el lujo, de la noche a la mañana fue declarado en quiebra, pagó hasta el último centavo y en vez de pegarse un tiro, se agenció aquel puesto de contador en la Sebastopol, que era un destierro liso y llano, pero donde ganaba, lo que en la metrópoli no habría podido ganar. "-¿Qué hacerle?, me decía él, como excusándose. Mi barco amenazaba hundirse y en él iba toda mi gente. A mal tiempo, buena cara".

¡Sí que la había puesto el bravo hombrecito! Jamás un músculo de su rostro se alteró ante el trabajo; y deportado por la suerte a aquel Sebastopol no hemos perdido en los arenales que la histórica plaza rusa podía estarlo en las estepas, era un intrépido soldado, siempre en la brecha.

Una cosa había que lo confortase en su heroísmo y era el saber que, gracias a él, los suyos no carecían de nada en la capital y podían "salvar las apariencias". Porque aquel hombre que se contentaba con una camisa de dril y un calzado de lona, aquel que, por toda diferencia entre el invierno y el verano, llevaba un casquete de cheviot o un gorro de percalina, para su familia tenía todavía pretensiones.

Su familia se componía de cinco personas: la señora, que según los retratos debía haber sido muy señora, dos niñas casaderas, una pequeña y un hijo que cursaba humanidades y que seguramente no valdría más que un pollino para que su propio padre llegase a confesar "que no era un águila". Con estas cinco mantenía correspondencia el viejecito. Le escribía cada una conforme iba necesitando de él y si es verdad que al comienzo de las cartas había muchos deseos de que estuviese bueno y algunas protestas sobre lo que se le extrañaba y al final otros tantos votos porque se conservara bien y que al destino le pluguiese reunirlos nuevamente, el bulto de ellas lo constituían muchas exigencias mimosas que al pobre hombre lo hacían echarse la gorra a los ojos, signo inequívoco de perplejidad en él, morder el cabo de la pluma y sacar cuentas y más cuentas: "Papaíto lindo: este año las alumnas rivalizarán el arreglo de las salas. Para que tu negrita quedara bien puesta necesitaría ofrendar algo valioso y la cuenta de la Pra sube ya a...". O bien: "Será preciso que tomemos un medio abono para la temporada lírica. Es de buen tono y se aprovecha el dinero por cuanto una se luce. Ya sabes que no lo digo por mí, sino por tus hijas que...", etc.

"Tus hijas". Yo observaba que, en tratándose de dinero, la madre declinaba en el padre todos sus desvelos: ¡Tus hijas!

Como conocían su flaco, le intercalaban para dorarle la pildora, alguna agudeza de la menorcita, a veces bastante sosa, pero que el contador nos repetía enternecido y encantado.

¡Pobre don Rolando! Sabía que cada correo no podía traerle sino quebraderos de cabeza. Los primeros días andaba desatentado, como si la hubiese perdido, pero ¡qué diablos! "A mal tiempo, buena cara". Al fin hallaba modo de salir del paso; entonces echaba atrás su gorro para enjugarse la calva con el pañuelo de hierbas y ¡hasta otra! a esperar ansiosamente el nuevo correo.

¡Y qué impaciencia si se retardaba o si no le traía nada, que también ocurría cuando nada tenían que pedirle! Disputaba acaloradamente con el cartero: -No podía ser que no tuviese carta, y hasta solía hacer a pie el camino al pueblo, para cerciorarse en la estafeta. Volvía tarde, molido, sin ganas de comer y se encerraba en su cuarto; entonces yo iba a visitarle.

-¿Se puede don Rolando?

-¡Adentro!, respondía su voz fatigada.

<--->Lo encontraba al pie del lecho, el gorro sobre los ojos, mirando por la ventana el mar desierto y la abrasada playa. ¿Ni un barco, ni una gaviota! El arenal rojizo, hasta perderse de vista, y en el horizonte el sol como un fascinador y poderoso lente que escrutara la inmensidad.

-¿Qué piensa don Rolando?

Movía la cabeza y se abstraía de nuevo.

Ya sabía yo lo que había que hacer; traerle reminiscencias de la ópera, y si esto no bastaba, hablarle de "los míos", de mis asuntos, de mis penas, así el viejecito olvidaba las suyas.

-¿Conque enfermo Carlitos, eh?

Conocía mi familia, de oídas, como yo la suya y llamaba a mis hermanos por sus nombres. Conversábamos hasta que el encendido ocaso palidecía y chispeaban en lo alto las primeras estrellas: Venus, y a la cual conocen en otras partes por la estrella del pastor y que acá llamábamos la estrella del pescador. Cuando me retiraba a mi cuarto, ya había logrado serenarle.

-Buenas noches, don Rolando.

-Buenas noches. ¡Ah! Déjeme un cigarrillo.

Sí, puedo decirlo, fui para el pobre viejo un buen hijo; tal vez le recordaba el suyo, que debía de tener mi edad, y, tal vez, figurándose en mi situación, era como se enternecía a veces y tomaba para hablarme modulaciones paternas. Por eso sentimos tanto cuando nos vimos forzados a separarnos; yo decía adiós a Sebastopol, por fin mi familia había hallado para mí una colocación en la capital.

-¡Feliz usted! ¡Feliz usted!, me dijo al saberlo, con los ojos llenos de lágrimas.

Y al verme ya con el pie en el estribo para emprender las veinte leguas que me separaban puerto donde debía encontrar el vapor:

-No dejes de ir en mi nombre a verlos y diles muchas cosas de mi parte; tú sabrás hacerlo como si fuera yo el que les habla. ¡Cómo te han de recibir! Escríbeme.

Se refería a su familia y era la primera vez que me tuteaba y fue la última. Al volver mi caballo en el recodo, lo vi todavía que me hacía señas; después me dio la espalda y, a pasitos temblorosos, el gorro echado adelante, las manos anudadas atrás, se entró en la contaduría, que era su celda perpetua.

¡Todo un héroe!

## II

Una de las primeras diligencias que hice en la metrópoli fue, pues, ir a visitar la familia de don Rolando. Tenía en mi cartera la dirección, pero pasé una y otra vez delante del número consabido sin atreverme a creer que aquella aristocrática residencia fuese la que yo buscaba; por fin, me decidí a llamar y un sirviente me introdujo en un discreto recibimiento.

-Están concluyendo de comer. ¿A quién debo anunciar? -Diga que vengo de parte de don Rolando.

Un cuarto de hora después y el portier japonés se entreabre con un ruido cristalino, como si desgranaran sus rosarios de cuentas. Me pongo en pie y reconozco en la persona que tengo delante a la señora de mi buen amigo.

-No se incomode. ¿Me dicen que viene de parte de Rolando? ¿Cómo está? ¿Por qué no escribe? Nos tiene intranquilos este hombre.

El portier ha vuelto a entreabrirse y por su flecadura de vidrios asoma la cabeza rizada de una graciosa morena; vamos, me digo, ésta debe de ser la negrita de las devociones.

¿Me llamabas, mamá?

-No, pero quédate que ya estás aquí. El caballero viene de parte de Rolando.

-¿Sí? ¿Y cómo está papá? Hace dos correos que no recibimos noticias tuyas. Nosotras para devolverle la mano ya no pensábamos escribir.

Y en el transparente japonés yo veo, como entre una bruma, la cara de mi amigo con su expresión apesurada y aquel ademán suyo de traerse la gorra sobre los ojos cuando se halla preocupado.

Seguramente no ha tenido qué remitirles y prefiere no escribir.

La señora habla:

-A la niña cuando se acuerda de su papá ya no sabemos qué decirle.

-Además, ¡siempre tan lacónico! -arguye la señorita.

Lo sé también. Cuatro o cinco renglones en sus memorandos, lo indispensable para satisfacer los pedidos; y

sé que más que por falta de tiempo es por sistema: de extenderse se necesitaría entrar en las intimidades de su corazón y nada se remediaría con turbar la paz de su gente. Sobre que, por encima de todo, el buen hombre tiene un miedo horrible de parecer lo que es: la víctima propiciatoria.

-¿Qué hace Rolando?

-Pues... trabaja, señora, trabaja.

-Debe ser aburridora la vida de allá... pero como él es tan metódico, tan poco amigo de diversiones...

¡Demasiado que sí! Yo pensaba contestarles que la vida de allá era insoportable; pero ellas se han apresurado a tranquilizarse; "¡Como él es tan metódico!".

La señorita, mientras tanto, hace como que atiende, pero está preocupada de sus rizos. Debo de parecerle muy poco llamativo con mis noticias puesto que ahora se remueve en el asiento y parece buscar un pretexto para escurrirse.

-¿Y usted, es de aquí?

-Sí, señora.

-¿Va a volver allá?

-No, señora.

-Es lástima porque le habríamos confiado un encarguito.

El timbre de la calle ha sonado hace un momento y las dos mujeres se consultan con la mirada; ahora la joven sale y él mismo sirviente hace pasar a un caballero vestido de punta en blanco.

-Buenas noches... ¿Y Rosarito?

-Ya fueron a llamarla; siéntese usted. El señor Bermúdez... Un empleado de Rolando.

¡Vaya una presentación! Con todo, no soy orgulloso; y luego que, entre las cuenta de vidrio, sigo viendo el rostro de mi buen amigo.

Un nuevo personaje entra en escena; es una jovencita algo menor que la otra, que también vuelve; va derecho al recién llegado y le estrecha la mano como si volvieran a verse después de un viaje, me hace un ligero saludo con la cabeza y se sienta a su lado; la conversación se reanuda.

-¿Decía que empleado de don Rolando? Y... ¿se conserva bien el caballero?

Se deja a mi cargo la respuesta y por tercera vez yo afirmo que don Rolando se encuentra bien.

-¿Y sus negocios?

Yo no sé qué negocios pueda tener entre manos el honrado contador, pero esta vez la señora interviene.

-Bien; muy bien; si es lo que digo: él podría quedarse tranquilamente en casa y dirigirlos desde aquí; ¡pero es tan excéntrico este hombre!

¡Ahora la hicimos buena! ¡Excéntrico don Rolando! ¿No era tan metódico hace un momento?... Y vuelvo a verle con su deplorable facha y su gorro de percalina.

Los dos jóvenes cuchichean bajito. La señorita de los rizos con una pierna sobre la otra, se abstrae en los espejeos que hace su botita de charol. La madre me mira a los ojos como tratando de dominarme.

-Sí, perfectamente podría quedarse en casa.

-¡Ah, señora!, pero no querrá hacerlo hasta ser un rey del salitre.

¡Esto no más! Mi estupefacción no tiene límites; sin embargo el gomoso habla en serio.

Los abalorios se separan con estrépito y un jovencito con el puro en la boca se precipita en la habitación.

-¿Cómo va, Arturo? Yo voy al teatro, mamá.

-Mira -dice la mamá subyugada-, no entres fumando; ya sabes que me mareo.

-Es habano, mamá

Y le pasa el cigarro por debajo de la nariz.

Ella hace un gesto de horror y el muchacho escapa, lanzando una carcajada.

Mi homónimo, pienso; el estudiante de humanidades; no, no debe ser un águila.

La pareja sigue cuchicheándose; de cuando en cuando el visitante vuelve a hablar de don Rolando. ¡Ah, mi señor barbilampiño! ¡Si usted le conociese tan honrado y tan digno, se le caería su nombre de los labios y no los acercaría tanto a la oreja de su hija!

-¿Sebastopol? ¿No es Sebastopol? ¡Vaya un nombre! ¡Me suena!

-Sí, es ruso, de la guerra de Crimea -apunta la señorita que se mira la punta del zapato.

-¡Ah! ¡Bien decía yo que me sonaba! ¿Y por qué le ha puesto así a sus salitreras?

-¡Capricho! -vuelve a decir la señora-; si le digo a usted que es muy excéntrico.

-¿Se va usted, ya? Su casa, pues.

Parece que deseaban desembarazarse de mí, puesto que advirtieron mi intención aun antes que me alzara del asiento. "¡Cómo te van a recibir! Escríbeme"... ¡No, don Rolando; no le escribiré a usted el cómo me han recibido!

-Vaya, su casa, pues.

Y ya en el vestíbulo:

-¿Conque usted nos asegura que no debemos estar intranquilas?

-De ningún modo, señora.

Y al decirlo pensaba que no de otra suerte se preocupa el labrador del buey que le procura la subsistencia, o la lechera de su vaca; pensaba más: que no había para qué dar el pomposo título de "cariño" a un sentimiento que tenía calificativo propio.